

Arrizabalaga, Carlos. *El dejo piurano*. Caramanduca editores. Segunda edición, 2012. 196 pp.

El interés por las lenguas es inherente a la cultura de los pueblos y en toda la historia puede observarse, pero siempre ha habido logocentrismo, desde la época de los griegos. El término “bárbaro”, inclusive en castellano, conserva no solamente características onomatopéyicas sino también esa distancia afectiva y cultural de lo que se considera propio y valioso frente a lo desconocido que produce temor, distancia y menosprecio.

Los españoles, cuando llegaron a las tierras americanas, respecto al lenguaje, trajeron dos actitudes antitéticas: la primera, aquella que había enunciado el poeta Hernando de Acuña, el deseo de tener un solo monarca, una sola lengua y una sola espada, y la otra, de interés claro por las lenguas de estos reinos, personificada por los primeros curiosos cronistas como Fernández de Oviedo o Agustín de Zárate, y más tarde por el obispo Jaime Martínez de Compañón, en la que habría de inscribir como uno de sus más conspicuos representantes al Inca Garcilaso de la Vega, si bien nacido en estas tierras, un claro representante de la actitud renacentista y al que en cierto sentido se le puede vincular con Juan de Valdés.

Respecto al español en Piura y su relación con las lenguas indígenas tal vez lo más interesante es el trabajo de Lecuanda, que señala con nítida claridad la vitalidad de las lenguas indígenas en el siglo XVIII. En esa misma época, un piurano, el presbítero Diego de Villegas y Quevedo Saavedra, miembro de la Real Academia Española, contribuyó en el *Diccionario de Autoridades* que se publicó en 1734, redactando la versión final de la letra “m”.

Con toda la autoridad que su cargo le confería, usó la ocasión para incorporar algunas palabras de uso corriente en el Perú, la más conocida de todas, la que alude a la popular “mazamorra”.

Con riesgo a equivocarnos, podemos decir que en todo el siglo XIX no hubo en nuestras cálidas tierras espíritus como el de Villegas y Quevedo, comparables en algo a Ricardo Palma o a Juan de Arona en el amor por las cuestiones del lenguaje. Hubo que esperar hasta el siglo XX para encontrar intelectuales conspicuos que amasen la lengua y que dedicasen sus esfuerzos a desentrañar algunos de sus misterios. Entre ellos conviene mencionar a Carlos Robles Rázuri, a Federico Varillas Castro y como testimoniadores del habla popular a Jorge Moscol Urbina y a Miguel Justino Ramírez. Un lugar aparte, merecen Esteban Puig y Carlos Arámbulu Palacios, autores de dos diccionarios muy útiles sobre el habla de los piuranos.

Aunque la filología tiene larga data, la lingüística como actividad científica es reciente. Puede decirse, de un modo aproximado, que nace con Ferdinand Saussure, el maestro ginebrino. Frente a los fenómenos del lenguaje, filólogos y lingüistas comparten ahora una actitud de observación y no de rechazo o de anatematización a ninguna forma de comunicación y ese espíritu es compartido por las Academias.

Este libro de Carlos Arrizabalaga que se pone ahora en circulación, es el primer texto científico sobre el lenguaje que se publica en Piura, a lo largo de toda su historia. Y ese simple hecho lo sitúa como un trabajo pionero de todos los que vendrán. Por primera vez, alguien vinculado a estas tierras, en este caso, español de origen y piurano de corazón, emprende con los conocimientos lingüísticos adecuados el estudio de características del habla de

los piuranos. El único antecedente científico que podemos mencionar es la tesis doctoral de Martha Hildebrandt Pérez Treviño, presentada en 1949 en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, titulada *El español de Piura*.

El libro de Arrizabalaga de carácter preferentemente sincrónico, describe y comenta el dejo piurano, los vínculos del lenguaje mexicano con el de Piura, la palabra piajeno, los términos del azúcar, los burros campeches, la bibliografía de la lingüística norperuana, y además da noticias sobre el pueblo y tallán sobre las lenguas que se hablaban en la costa y sierras peruanas. En el sentido más estricto se trata de un libro de lingüística que tiene las virtudes del ensayo; pese a los inevitables pero convenientes términos técnicos a los que tiene que recurrir, está escrito con las galas de la literatura: tiene donaire, sabe entremezclar hechos de la vida diaria, la conversación con un taxista por ejemplo, con reflexiones sobre referencias al lenguaje que hace Vargas Llosa en una de sus novelas o con recomendaciones que le hace el propio autor al padre Esteban Puig. Texto ameno y estimulante, informa y deja pensando. Anuncia también la publicación de la tesis doctoral de su autor que como no podía ser de otra manera, enfoca al español hablado en Piura de una manera orgánica.

Principalmente en mi condición de piurano, expreso mi alegría por la publicación de este volumen que anuncia un porvenir venturoso para los estudios sobre la lengua que hablamos, con la que soñamos y en la que expresamos afectos y dolores, esperanzas y tristezas, con la que escribimos y callamos. (Marco Martos Carrera)